

Pérez-Serrano Jáuregui, Nicolás:
El día que Godzilla tomó el Congreso
Congreso de los Diputados, 2021, 249 pp.

El día que Godzilla tomó el Congreso de Nicolás Pérez-Serrano Jáuregui, publicado por el Congreso de los Diputados es un libro sobre lo vivido el 23F de 1981, pero no resulta un libro más dentro de la amplia literatura sobre aquel aciago día que lógicamente ha despertado la curiosidad de historiadores, investigadores, politólogos o cronistas. Y no lo es porque ante todo es un libro vivencial, testimonial y ahí reside su principal valor y originalidad. No pretende arrojar datos para las teorías conspiratorias pero de facto es exquisito y exhaustivo como su autor en la relación de la secuencia.

Mi admirado compañero Nicolás Pérez-Serrano era en ese día Secretario General del Congreso de los Diputados y en consecuencia Letrado Mayor de las Cortes. Como él mismo nos dice, Landelino Lavilla, a la sazón el recordado Presidente, *prefirió hacerse con un Secretario General que ya viniera rodado de la otra Cámara, suficientemente acostumbrado a tratar con Señorías de toda índole y de todos los credos e ideologías, y lo bastante joven como para todavía no llevar a cuestras un ego intratable.*

Sus compañeros, en ocasiones pudimos conocer de su viva voz sus sentimientos y algunas anécdotas de aquel día, pero como el buen vino se reservó algunas para el momento de la jubilación pues como buen funcionario y servidor público ha esperado a dejar el servicio activo y disfrutar de la merecida jubilación para poder *revelarlas extra muros* no siendo una indiscreción su publicidad sino casi una obligación para con la memoria de la Cámara.

A la buena memoria que se le presupone como brillante opositor de éxito, se le une un metodismo que le llevó a redactar en caliente todo lo vivido, consciente de su papel en ese momento histórico, para no omitir transcurridos los años detalle alguno. Detalles y sentimientos a los que hoy ha dado forma en este libro y que te transporta al Salón de Plenos ese día 23 de febrero al filo de las 18:23 horas de la tarde cuando el Secretario Primero del Congreso, Don Víctor Carrascal, leía la relación nominal de

* Secretaria General de la Asamblea de Madrid.

diputados y lo rutinario de la sesión se veía alterado al llegar al nombramiento del diputado Manuel Núñez Encabo.

A partir de ahí, desconcierto y pánico, el que nos relata Nicolás Pérez-Serrano, pero también diecisiete diputados que participan en el libro aportando su testimonio, todos ellos de altura y conocidos por todos aquellos con cierto interés en la política: Alfonso Guerra, Rafael Arias-Salgado, José Bono, Marcelino Oreja, Javier Ruipérez o Ramón Tamames entre otros.

Son muchas las anécdotas que el libro recoge, algunas conocidas y otras no, por ejemplo la inoportuna avería de las videocámaras de vigilancia exterior que servían en el interior las imágenes del perímetro del Congreso, el innumerable número de “tacos” a los que tuvieron que enfrentarse los diputados y el personal retenido, del que la entrada en el hemiciclo del Sr. Tejero fue simplemente el aperitivo y la peligrosa y abultada factura de consumiciones en el bar del Congreso que ascendía a 258.421 pesetas de la época.

El autor fue el beneficiario del primer taco de un oficial de la Benemérita, que no vamos a reproducir, al tiempo que le mandaban a su sitio mostrando la pistola que portaba, pues como Secretario General y de manera instintiva al oír ruidos fuera del hemiciclo se acercó a las puertas más cercanas a su ubicación de con la intención de cerrarlas, abandonando momentáneamente su lugar en la tribuna, motivo por el cual no se ve en la histórica fotografía de Tejero en la tribuna de oradores mientras profería el tristemente grito de *¡Quieto todo el mundo!*. Volvió a su lugar natural en el hemiciclo pero para realizar el cuerpo a tierra junto a una de las sillas que hay al lado del escaño del Secretario General. Allí fue cacheado con una mano por uno de los asaltantes que rodilla sobre la espalda del bueno de Nicolás, con la otra lo encañonaba con un Z-70 en la cabeza y que se sorprendía de encontrar en su bolsillo el Código de Leyes Políticas, teniendo que dar explicaciones por portarlo. La ráfaga de disparos se cifra en unos cuarenta de los que quedan muestras en techos y paredes del hemiciclo. Un primer informe encargado al arquitecto conservador del Congreso en 1981 los cifraba en treinta y siete y en el año 2013 tras unas polémicas obras de restauración del edificio de Palacio y en concreto del hemiciclo, desaparecían cinco de esos vestigios y se visualizaban ocho nuevos en plafones del techo, en la bóveda y en la faja de la cornisa y desde esa fecha la antigua rejilla de ventilación del salón de plenos se exhibe al público en los pasillos entre el vestíbulo de Isabel II y el Salón de Pasos Perdidos.

Entrañable resulta una anécdota que nos relata de un ujier de la Cámara encargado del perchero que tumbado en el suelo por exigencia de los secuestradores le solicitaba a la diputada Balletbó que había sido evacuada debido a un avanzado estado de embarazo gemelar, la ficha del guardarropa en el momento en el que retiraba su abrigo para evitar que el inventario se viese incompleto en la jornada siguiente.

Un ejercicio de responsabilidad éste que enterneció al autor que esa noche pasó como buen letrado agarrado a su *detente ilustrado*, ese mismo código de leyes políticas que sobresaltó al asaltante que lo cacheaba, estando el bueno de Nicolás en el suelo y que abultaba en su bolsillo.

El autor es muy generoso con el lector porque no solamente describe lo visto y oído sino que si se me permite, desnuda el alma y relata sus sentimientos y también algunos de los pensamientos, algunos muy dolorosos, que le invadieron en esas largas horas cargadas de incertidumbre y miedo pero también de necesidades vitales: hambre, sed y necesidad de ir al lavabo que cuando era permitida satisfacer lo era en un modo humillante, encañonado. Como él mismo nos relata las ordenes eran claras *¡A mear por orden, acompañado y pidiendo la vez!*

Esa alocución final del Presidente de la Cámara en la que se convoca en la jornada siguiente, tras una tarde y noche de secuestro, la Mesa a las nueve y media y la Junta de Portavoces a las doce, debió de saber a gloria. La rutina, la vuelta en algunos casos al tedio quizás, pero la certeza de que no había marcha atrás.

Todos en alguna ocasión, especialmente los que éramos muy niños hemos preguntado a nuestros mayores cómo vivieron esas largas horas y ahora algunos de esos protagonistas son los que nos la cuentan.

En no pocas ocasiones algunos funcionarios de la Cámara me relataron su vivencia en esos días pero este testimonio proviene del propio interior del hemiciclo, de los que tenía los Z-70 cerca y oían el ruido de su carga.

A petición de la Presidencia de la Cámara, por los cuatro secretarios de la Mesa del Congreso, el 15 de marzo de 1981 se elabora un acta en el que hacen una descripción detallada de todo lo que aconteció y de la que se desprenden anécdotas menos conocidas para el público de esas horas previas al Pacto del Capó. En el libro de manera más detallada podemos acceder a todas ellas.

Dentro del anecdotario que el libro desgrana, abrimos boca al lector con la preocupación del Secretario General de la posible falla del suministro de luz por recalentamiento de unos focos especiales instalados para reforzar la luz y permitir una imagen más nítida en la retransmisión de televisión, esa que hoy en día podemos ver gracias al arrojo del operador de TVE Pedro Francisco Martín que mantuvo el piloto encendido desafiando a los asaltantes. A esta legítima preocupación, el Teniente Coronel Tejero pretendía hacer frente con la alocada idea de hacer una hoguera en el centro del hemiciclo para lo que hizo traer a los ujieres mobiliario que haría de leña, entre ellos unas sillas isabelinas que fueron destripadas y que se sumaban a la cuantificación de los desperfectos ocasionados en el asalto que ascendían a 1.057.280 pesetas. La idea de un fuego en el salón de plenos, todo el combustible, maderas, alfombras y tapices es escalofriante.

En muchos de los testimonios de los diputados que acompañan al autor se resalta en hartazgo de Fraga que apremiado por el hambre quizás o añade Eulalia Vintró, por el hecho de ser el único líder que no había sido separado del resto de los diputados, recoge sus bártulos y se dispone a salir y abriéndose la chaqueta se encara y les dice a los asaltantes que le disparen, uniéndose Cavero Lataillade y Álvarez de Miranda y sentenciando el de Villalba que *prefiere morir con honra a vivir con vilipendio.*

Hacia las 10 horas de la mañana se autoriza la salida de las diputadas del hemiciclo y con ellas el Secretario General de la Cámara *con un dolor generalizado y mucha confusión* e invitado por la Mesa a acompañarlas. *Una excarcelación al alcance de la mano no era posible rechazarla.*

Tras la vuelta al hemiciclo de los diputados que habían sido retenidos por los ocupantes se ordena la salida por el Presidente de la Cámara *primero los diputados, después el Gobierno y después la Mesa, que es orden por el que se procede en la Cámara.*

Generosos testimonios, quizás concebidos por el autor como un deber de memoria histórica y acertada publicación por el Congreso de los Diputados para que se incorpore al acervo documental de la Cámara todo lo vivido en una fecha crucial de nuestro constitucionalismo reciente, en la que el pueblo español ratificó en palabras de Pérez-Serrano que quería *vivir constitucionalmente.*

